

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS X JORNADAS

VOLUMEN 6 (2000), Nº 6

Pio García  
Sergio H. Menna  
Víctor Rodríguez  
Editores



ÁREA LÓGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



# El historiador frente a las prácticas sociales

Sonia Durand\* / Analía Rizzi† / Gabriel Cetkovich‡

## Introducción

¿Cuál es la relación entre los discursos que explicitan las ideas de los actores de un período histórico determinado y los acontecimientos que ellos mismos protagonizaron? Esta pregunta remite a una discusión más general y que resulta central para la historiografía: cómo comprender la relación entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas en un período histórico determinado. Durante bastante tiempo la historia en general y la historia de las ideas en particular forzaron una relación directa entre discurso y práctica social, en la que esta última aparecía como un efecto deducible del primero, al tiempo que los discursos no hacían sino reflejar las prácticas sociales con una transparencia apenas perturbada eventualmente por la oscuridad de las intenciones que obligaba al historiador a un trabajo de develamiento. Cambiar la forma de pensar esta relación no implica un mero cambio de enfoque o de énfasis, sino una verdadera ruptura epistemológica. Por cierto, esta ruptura no lo es sólo de la manera de pensar la articulación entre los diferentes tipos de prácticas sino que, como afirma Rancière, obliga a una escritura diferente de la historia y modifica consecuentemente su objeto. De allí la importancia que adquiere en la historia de las ideas el concepto de larga duración propuesto por la escuela de los Annales o las categorías de *horizonte de expectativas* y *espacio de experiencia* sugeridas por Kosellek, que obligan a una reconsideración del tiempo histórico.

Nuestro interés es interrogar estas articulaciones en el campo de la historia de las ideas. Para esto hemos seleccionado algunos trabajos de Tulio Halperín Donghi sobre dos figuras en las que la problemática aparece en toda su dimensión: el inmigrante y el intelectual argentinos de fines del siglo pasado y comienzos del actual.

## Algunos conceptos de la modernidad

El siglo XVIII se constituye en un momento fundador de los conceptos de la modernidad. Kosellek sostiene que, por ese entonces, se produce la “*temporalización de la historia*”, según la cual el tiempo histórico es pensado en la relación entre pasado y futuro. Para dar cuenta de esta relación, Kosellek elabora los conceptos de *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa*. Ambos conceptos funcionan como determinaciones formales que explican la ejecución concreta de la historia, la temporalidad humana y, metahistóricamente, la temporalidad de la historia. El espacio de experiencia está vinculado al recuerdo, mientras que el horizonte de expectativa, a la esperanza. En la relación de diferenciación entre experiencia y expectativa se constituye el tiempo histórico.

El tiempo de la modernidad es de “aceleración” de los ritmos históricos del mundo occidental que se reflejan en el espejo de la historia argentina. En su primera presentación de este artículo – 1976 – Halperín había utilizado la expresión “*aceleración del proceso mo-*

\* Docente de UBA primer tramo de la Facultad de Ciencias Económicas.

† Docente de UBA Ciclo Básico Común.

‡ Docente en TEA Instituto de periodismo.

derizador", en un claro reconocimiento de la relación entre aceleración tecnológica y modernización, que en el interior del trabajo recupera al contextualizar las prácticas discursivas y no discursivas del período en cuestión. Es decir, es posible historizar este concepto y vincularlo, tal como lo hace Koselleck, con su concepto paralelo y que conlleva una fuerte carga temporal de futuro: el de progreso. A través de él se manifiesta la ampliación del horizonte de expectativa y la ruptura con la visión de un futuro cerrado en la idea de alcanzar ciertos fines últimos (visión teleológica); se trata de una nueva idea de futuro abierto. Para Koselleck "el progreso no era solamente una manera ideológica de considerar el futuro; correspondía a una nueva experiencia cotidiana que se nutría permanentemente de muchas fuentes: del desarrollo técnico, del crecimiento de la población, del despliegue social de los derechos humanos y de los cambios correspondientes de los sistemas políticos."<sup>1</sup>

Pero el espacio de experiencia de la Argentina no era el mismo que el de los países a los que se deseaba imitar. Tal vez la medida del progreso argentino fuera la idea del liberalismo de "construir una nación contra su pasado más bien que a partir de él."<sup>2</sup> Halperín sostiene que la realidad va a mostrar la imposibilidad de esa ruptura completa con el pasado y que las prácticas demuestran la presencia del espacio de experiencia en la conformación del tiempo histórico de la Argentina de fines del siglo XIX. Los pronósticos en cuanto al efecto que produciría la inmigración sobre la sociedad encerraban un espacio de experiencia al que no se podía negar pero al que en las prácticas discursivas y políticas del período se intentaba desconocer en una visión del futuro encarnada en la concreción de los ideales civilizatorios de la modernidad. Koselleck señala como estructura temporal de lo moderno la idea de que el progreso hace alusión a una relación: menor carga de experiencia, mayor carga de expectativa.

Si de civilización se trataba, lo que había que dejar atrás como experiencia pasada a la que necesariamente había que superar era la barbarie, otro concepto central que podría ser incluido junto con el de civilización, en la categoría de los *conceptos contrarios asimétricos*. Categoría elaborada por Koselleck para referirse a aquellos conceptos en una relación de polaridad tal que, aunque no se haga explícito uno de los términos, siempre aparece como oposición desigual. En un tiempo de larga duración, la relación *barbarie-civilización*, tan presente en el discurso de la Argentina del siglo XIX, puede ser historizada, siguiendo a Koselleck, desde la polaridad *helenos y bárbaros*. Es importante señalar que no se trata de mantener exactamente las mismas palabras sino la "estructura asimétrica de argumentación."<sup>3</sup> El polo de la civilización fue tomando distintos nombres a lo largo de la historia, pero se mantuvo y se mantiene la figura lingüística, asignándole toda la carga negativa al polo opuesto. En cuanto a la carga temporal, el concepto de barbarie está más vinculado al pasado, por tanto, al espacio de experiencia, mientras que la civilización al futuro, es decir, al horizonte de expectativa. Todo el significado despreciativo recae sobre la barbarie, de modo tal que el 'bárbaro' puede sentirse aludido pero no reconocido. En algunas prácticas discursivas (Sarmiento, Alberdi) y en la práctica política (fomento desde el Estado de la política inmigratoria) del período de la Argentina agroexportadora, barbarie y civilización elaboran la relación entre pasado y futuro, por lo tanto dan la medida de ese tiempo histórico en el que la noción de progreso conlleva la disminución de la carga de experiencia y el aumento de la de expectativa

En la presentación del libro que analizamos, Halperín sitúa su análisis a partir del efecto que en él produjo la "*reciente caída en la barbarie*"<sup>4</sup> que obligó a reconocer el "*destino sudamericano*" de Argentina y, a la vez, las características de ilusión que tenía la visión según la cual se compartían los problemas con Hispanoamérica pero se creía tener las soluciones. Esta ilusión ocultaba la continuidad de una barbarie, de la que los mismos que se autotitulaban civilizados hacían gala sobradamente. Observamos aquí un uso diacrónico del concepto de barbarie, mediante el cual el autor reconoce también él la barbarie en su propio espacio de experiencia y, a la vez, en un espacio más amplio: el de la experiencia histórica argentina. Vemos entonces cómo el historiador realiza un desplazamiento histórico del par *civilización-barbarie* que de ninguna manera implica las mismas características ni cursos de acción que en el siglo pasado. Según Koselleck, "*Los espacios de experiencia se desplazan y se abren nuevos horizontes de expectativas.*"<sup>5</sup>

### **El inmigrante: entre la aceptación y el rechazo**

Halperín sostiene que en el contexto hispanoamericano, la política proinmigratoria argentina puede ser vista como excepcional, tanto por el consenso que generó como por la coincidencia de distintos sectores sociales en su inserción en el proceso modernizador del país. Aún así, mantiene en todos sus alcances la tensión constitutiva de la relación entre Argentina y América española cuando desde el comienzo del capítulo establece líneas de comparación entre la realidad de nuestro país y las de otras naciones americanas.

Esto solo puede explicarse en relación con la noción de larga duración elaborada por Braudel, según el cual el tiempo histórico es pensado en tres estratos superpuestos: *corta, media y larga duración*. La larga duración permite observar la historia en sus continuidades, no como tiempo inmóvil sino como tiempo en que es posible reconocer permanencias pero también cambios.

El análisis de la inmigración parte del reconocimiento por parte de Halperín de la existencia de cambios en las prácticas sociales acerca de este tema pero, al mismo tiempo, subraya la continuidad de una tendencia a la oscilación entre la aceptación y el rechazo que es observable en la larga duración del proceso que estudia.

Las nuevas prácticas políticas del gobierno español, ligadas al reformismo ilustrado, introducen modificaciones en las prácticas sociales y económicas. En las prácticas discursivas de los sectores ilustrados locales es posible rastrear sus alineaciones sociales y políticas y, por lo tanto, su horizonte de expectativa.

En la ideología de la generación del '37, la continuidad con el pasado es vista como negativa y se hacen pronósticos acerca de las ventajas del contacto con pueblos de hábitos superiores. Podemos encontrar en esa visión del futuro las claves para la comprensión de la noción del tiempo y las expectativas de esa generación.

Halperín inserta esta problemática en el contexto de la Revolución Industrial. Hay, a partir de entonces, una modificación en los ritmos del mundo, a la que Argentina no es ajena. Las experiencias previas no serán suficientes y bajo el ritmo de la aceleración se alejarán cada vez más del horizonte de expectativa.

Contrapone, por otra parte, las distintas prácticas discursivas que dan cuenta de la cuestión inmigratoria. Sarmiento y Alberdi aparecen señalando sus expectativas acerca del efecto que la inmigración produciría en la sociedad argentina. Halperín los ubica dentro de la ideología *liberal-conservadora*, mientras que presenta a Hernández dentro de una ideo-

logía *semidisidente* (democrática). En los tres casos señala los desplazamientos que se producen en sus prácticas discursivas en relación, por un lado, con sus propias experiencias personales y por el otro, con las prácticas sociales y políticas. Dice así que “unos y otros agregan ambigüedad a sus reacciones frente a la política proinmigratoria debido a la ambigüedad creciente de las enseñanzas que ofrecen las ya comenzadas experiencias inmigratorias.”<sup>6</sup> La esperada acción civilizatoria de la inmigración empieza a ser desmentida por las prácticas sociales concretas, lo que, a su vez, ejerce efecto sobre las prácticas discursivas del período.

La preocupación en las prácticas discursivas y no discursivas (por ejemplo la acción del Estado) por el proyecto inmigratorio como propuesta política inserta en la concreción del modelo modernizador va siendo orientada a fines de siglo hacia la preocupación social. Halperín presenta el tema en una interrelación entre las prácticas discursivas con las prácticas sociales y políticas. Incluso llega a condenar ciertas afirmaciones de Sarmiento, quien parece ignorar las prácticas políticas del período. En cuanto a Cambaceres, *En la sangre* se constituye en el ejemplo de una literatura que dice mucho acerca de las “reservas frente al fenómeno inmigratorio”<sup>7</sup> sostenidas por parte del público. No obstante, Halperín relativiza la cuestión al sostener que “lo que no es fácil de medir, ni a través de Sarmiento ni de Cambaceres, es la real intensidad de los sentimientos de hostilidad colectiva que se expresan en esas imágenes sustancialmente negativas del inmigrante.”<sup>8</sup> Por otra parte, cierta literatura costumbrista del período muestra la aceptación del inmigrante como integrante de la nueva sociedad argentina (Fray Mocho).

En el juego de aceptación-rechazo del inmigrante, inseparable de la situación de dependencia de nuestro país en el orden mundial, resurgirán tendencias hostiles hacia el extranjero en ciertos momentos de la historia. Paradójicamente, mientras hacia fines de siglo y principios del siguiente la afluencia de las ideologías de resistencia del movimiento obrero y la difusión de la temática nacionalista empujen el imaginario nacional hacia el rechazo del extranjero y las prácticas políticas se manifiesten en la represión del Estado, no se abandonará la propuesta del país de puertas abiertas, dispuesto a seguir aceptando a los recién llegados. Paradoja que nos remite a la tensión inicial, Argentina acepta y rechaza su identidad hispanoamericana.

Podemos decir, entonces, que Halperín señala continuidades y rupturas en las prácticas sociales acerca del inmigrante en la larga duración de la historia argentina. Como elemento constitutivo de esas prácticas, el juego permanente entre la aceptación y el rechazo del extranjero continuará en el siglo XX.

### **El intelectual hispanoamericano en el siglo XIX**

Halperín sostiene que, en Hispanoamérica, el intelectual nace del letrado colonial, a través de un proceso de transformaciones de las prácticas sociales y políticas que redefinirán las prácticas discursivas y, por lo tanto, la ubicación del intelectual dentro de la sociedad. Analiza este proceso en tres etapas determinadas a su vez por dos momentos: la *emancipación* y el *renacimiento liberal*.

La primera etapa está marcada por el derrumbe de las certezas que el letrado encontraba en el orden del Antiguo Régimen. La transformación puede describirse como un creciente divorcio entre quienes detentan el poder económico, político y cultural y quienes, aún perteneciendo a la misma elite dominante, comienzan a verse como “integrantes de un sector

*surgido por especialización funcional dentro del grupo ubicado en la cima de la sociedad hispanoamericana del Antiguo Régimen”.*

La culminación de esta primera etapa está dada por el surgimiento de lo que llama el “*pensador*”. Representado por Manuel Belgrano, este nuevo tipo de intelectual lo es ya de un mundo nuevo y marca también una nueva relación entre el letrado y la vida cívica, entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas: su firme lealtad ideológica con los principios de la revolución hace que su práctica política – y militar – termine por absorber su función como publicista de esas mismas ideas que lo habían conducido a la acción.

Recién a mediados del siglo XIX y en el marco del renacimiento liberal va a terminar por definirse el nuevo tipo de intelectual. Su figura prototípica es Sarmiento. A quien ve ya no como integrante de uno de los subsectores de la elite, sino como figura individual que funda su propio linaje desde la marginalidad: al colocarse en la vanguardia, acentúa su separación del resto de la sociedad. Su privilegio, por otra parte, no está dado por su origen, sino por su capacidad para acceder al mundo de las ideas, desde el cual postula su función de guía de una sociedad que lo separa y de la que él mismo toma distancia.

Con la crisis de la fe en la razón que se vivía tanto en Hispanoamérica como en Europa de modo más radical, comienza otra etapa más hacia la progresiva diferenciación y especialización de las prácticas culturales. Esta tendencia culminará en la figura del intelectual escritor o escritor-artista, que se autoproclama nuevamente como perteneciente a un mundo paralelo e independiente del social.

Como se puede observar, las relaciones propuestas por el autor obligan, por una parte, a considerar la figura del intelectual en un contexto de larga duración y, por otra, a una reformulación de la relación entre prácticas discursivas y no discursivas. Lo primero, en tanto el intelectual no puede ser debidamente caracterizado sino como el resultado de un largo proceso histórico. Lo segundo, en tanto cualquier práctica discursiva debe ser referida a las relaciones de sentido en que se produce y a las condiciones mismas de producción de los discursos. Es decir, por una parte, todo discurso remite a otros discursos de los cuales es respuesta, réplica o reformulación y en relación con los cuales adquiere su significación. Pero esa significación, por otra parte, remite al contexto espacio temporal de sus sujetos, a sus ubicaciones en las prácticas no discursivas.

Por último, seguiremos las relaciones que Halperín establece entre el intelectual y la opinión pública entendida ya no como “*confrontación entre formulaciones identificables con figuras individuales*, y centrada en las luchas políticas ideológicas sino como *el choque de macizas corrientes de opinión*”. La ruptura que señala Chartier, necesaria para diferenciar lo público como lo heterogéneo y vulgar de lo público como homogéneo e ilustrado, es situada por Halperín en torno al debate sobre las reformas laicas.

El debate de ideas del siglo XIX es entendido como ámbito ‘ilustrado’. Si bien los temas principales son la enseñanza laica y el problema inmigratorio, existen notorias diferencias de compromiso entre ambos. El debate en torno a la cuestión inmigratoria aún no compromete a todos los poseedores de la palabra escrita. Halperín sostiene que, por ejemplo, los terratenientes, aunque aprovechan las ventajas de la política proinmigratoria, casi no participan de este debate.

En cambio, en el debate laico ve una nueva configuración que le permite mostrar de qué manera los intelectuales del '80 pasan a desempeñar un rol diferente al desempeñado en el período anterior: de formadores de la opinión pública a voceros de la misma. Entiende a

esta configuración como una "dimensión coral en la vida de las ideas" en la que, la Iglesia, logra interesar "como espectadores apasionados" a sectores que habían permanecido indiferentes a las confrontaciones ideológicas, produciéndose, así, una nueva división y legitimación sociales representada por la formación del Congreso Pedagógico y de las Asambleas católicas. De todo esto saca la siguiente conclusión: se hace "más difícil recortar nítidamente sobre el trasfondo de un clima colectivo de ideas ahora más definido" a los nuevos pensadores.

Halperin ha escrito la historia de las ideas de este período de un modo no lineal diseñando la figura del intelectual a través de diversas articulaciones.

### Conclusión

El problema de la escritura de la historia ha dejado de ser una mera cuestión de estilo para ser entendida como una forma de producir conocimiento. Así, los planteos actuales van desde aquellos que consideran a la historia como una forma de narrativa hasta aquellos que establecen una relación de imbricación entre las prácticas discursivas y no discursivas. En este espectro hemos seguido a quienes entienden a la práctica histórica como una tarea de búsqueda de relaciones entre el pasado y el presente y de articulación entre prácticas discursivas y no discursivas; (Rancier, Chartier y Kaselleck). Nuestra finalidad fue mostrar, a partir de la práctica de un historiador (Halperin Donghi), y teniendo en cuenta que ésta significa un "triple contrato (científico, narrativo, y político), punto de tensiones y de miradas contrapuestas" (Rancier), el contrato narrativo en el que se articulan prácticas discursivas y no discursivas para dar cuenta de lo que suele denominarse historia de las ideas. Estas articulaciones relacionan los distintos tiempos históricos conformando series móviles que conducen a una explicación alejada de las relaciones rígidamente causales.

Para realizar la búsqueda de las diversas articulaciones, que definen una forma de escritura, hemos tenido en cuenta la distinción que desde Foucault se ha hecho en la historiografía francesa entre prácticas discursivas y no discursivas, dado que de esta manera pueden visualizarse tanto la producción como la circulación de los discursos. Los recursos significativos de un discurso son provistos tanto por las prácticas sociales en que se produce como por su circulación.

Al articular las prácticas discursivas y no discursivas constituyendo series móviles, la producción de significados ilumina la relación entre el discurso y su inserción social. Así seguimos el problema de la inmigración y la figura del intelectual tratados por Halperin Donghi. Vimos que las prácticas sociales, articuladas en la larga duración y el acontecimiento, producen una narrativa que se mueve en distintas direcciones con el fin de plasmar el hecho histórico. En el análisis del proceso modernizador que hemos considerado Halperin relaciona, en el orden local, a las ideas de los innovadores con esa "realidad corpulenta que fue la colonia española, que ya no vive en la memoria de las nuevas generaciones". En el orden universal realiza articulaciones con el avance del capitalismo y el industrialismo y su promesa de una vida mejor para todos. De tal manera las ideas aparecen, no como generadoras del orden social, sino como la expresión de las tensiones existentes entre el nuevo orden y sus discursividades.

A lo largo de este trabajo, hemos ido buscando y señalando en el texto de Halperin una forma de escritura que nos permitió mostrar, en las fisuras de las diversas formulaciones los supuestos compartidos.

## Notas

- <sup>1</sup> Reinhart Koselleck. *Futuro pasado*. Paidós. Barcelona, 1993. pp.89-90.
- <sup>2</sup> Halperín Donghi. Op. cit., p. 229
- <sup>3</sup> Koselleck. Op. cit., p. 209.
- <sup>4</sup> Halperín Donghi. Op. cit. p. 11
- <sup>5</sup> Koselleck. Op. cit. p. 210.
- <sup>6</sup> Halperín, Op. cit. p. 204.
- <sup>7</sup> Halperín. Op. cit. p. 216.
- <sup>8</sup> Halperín, Op. cit. p. 216.
- <sup>9</sup> Halperín Donghi. Op. cit., pp. 241 a 243.

## Bibliografía

- Chartier, Roger: Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin, Manantial, 1996.
- Chartier, Roger: Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa, Gedisa, 1995.
- Chartier, Roger: Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna, Alianza, 1994.
- Halperín Donghi, Tulio: El espejo de la historia, Sudamericana, 1998.
- Koselleck, Reinhart. Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos, Paidós, 1993.